

imaginar materia más digna, objeto más importante, y por consiguiente no se puede imaginar materia y objeto que reclame de nuestra parte un amor más ardiente, una diligencia, una solicitud más esmeradas.

Por este motivo, léjos de temer que se nos vitupere como una falta, creemos tener derecho á algunos elogios, si dirigiéndonos con el pensamiento al origen del Cristianismo, nos esforzamos en demostrar que es divino, y nos dedicamos á presentar en toda su evidencia la certidumbre completa é indudable de los milagros y de las profecias, que hacen resaltar su esplendor sobre el Cristianismo, y lo arrebatan á la tierra para unirlo al cielo, de donde nos ha venido este don, entre todos precioso, de un Dios que se complace en oír que se le llame por la fe con el nombre de Padre de los hombres. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Ante todas cosas, os ruego fijeis vuestra atencion sobre dos maneras que hay de demostrar un hecho: una como tésis y otra como hipótesis. No os asustéis por la concision de esta fórmula: voy á explicarla inmediatamente; no os aturdáis por la novedad de los términos; voy á aclararlos sin tardanza.

Se demuestra que un hecho es cierto como tésis, cuando por una série bien enlazada y bien dirigida de raciocinios se presenta en toda su evidencia, haciéndolo creíble á la razon. Así, para demostrar la victoria de César contra Pompeyo, se recurre á los historiadores, se aducen sus testimonios, corroborándolos con las monedas, las inscripciones, la voz pública.

Pero, un hecho se demuestra como hipótesis, cuando á él se unen y se enlazan ciertos acontecimientos que seria necesario mirar como efectos sin causa, si no se admitiese el hecho que se estudia. Así, se demuestra como hipótesis la ida de San Pedro á Roma, porque tenemos una série de hechos, de memorias, de peregrinaciones, de votos, de usos, que no solamente no se podrian explicar, sino que seria absolutamente preciso declarar imposibles y contrarios al gran principio de la razon suficiente, si se concediese que Pedro no ha ido á Roma ó se desechase su viage como un error y una mentira.

Ahora, si no me equivoco, cada uno de vosotros ve claramente lo que se quiere decir, cuando se habla de un hecho demostrado, sea como tésis, sea como hipótesis. Y bien; estad atentos: ¿qué son los milagros y las profecias? Son hechos, hechos públicos, ruidosos, solemnes. Luego, los milagros y las profecias pueden demostrarse, ya

como tésis, ya como hipótesis; ya por los testimonios que manifiestan directamente su verdad, ya por un conjunto de hechos que dependen de los milagros y de las profecias, como el arroyuelo depende de su manantial, del sol su rayo, de la planta la flor, ésta de su raiz y del suelo.

Demostremos en los milagros y en las profecias una hipótesis, que es preciso necesariamente admitir: y despues, por un solo hecho, colocaremos su certeza fuera de toda controversia.

Digo, pues, que es menester ver en los milagros y en las profecias una hipótesis necesaria é imposible de negar, si se encuentra una série y un conjunto de hechos que los reclame como su razon suficiente, y que se enlace con ellos como una larga cadena al primer anillo que la sostiene. Pero ¿existe ese vasto conjunto de hechos? Sí; existe ciertamente, y para reconocerlo no hay más que echar una rápida mirada sobre la historia del Cristianismo. Hé aquí algunos de los innumerables acontecimientos que contiene.

Ella nos presenta la conversion de un gran número de judíos, de Ancianos, de Escribas y de Sacerdotes.

Ella nos muestra la trasformacion del imperio romano, trasformacion infinita de las ideas, de los afectos, de las costumbres, de los ritos, de toda la vida pública y privada, civil y religiosa.

Ella nos muestra, más allá de las fronteras del imperio romano, numerosas provincias que renunciando á las ceremonias de sus padres y á la religion de sus antepasados, se someten á adorar un Judio crucificado.

Ella nos muestra innumerables batallones de vírgenes, que por seguir los consejos del Nazareno, desdeñaron los esplendores de la cámara nupcial, los placeres de los sentidos, los goces de la tierra, y se han consagrado enteramente á refrenar sus deseos, á arreglar sus afectos, á sujetar la carne por leyes austeras, una severa disciplina y ayunos rigurosos.

Ella nos muestra el sacerdocio pagano vencido; los sofismas de la filosofia refutados; el aguijon de la sátira embotado; las calumnias sofocadas por el brillo de la inocencia y el esplendor de la virtud.

Ella nos muestra los Augustos de Roma y los monarcas de Persia conjurados para el exterminio del Cristianismo, y, sin embargo, vencidos y confundidos.

Ella nos muestra todas las especies de suplicios y de tormentos empleados durante muchos siglos, á fin de arrancar de la boca de los fieles esta sola palabra: «yo reniego á Jesucristo.» la inutilidad de estos esfuerzos, y la vanidad de los resultados obtenidos.

Ella nos muestra naciones indómitas, bárbaras, feroces, que inundando como un río asolador los dos imperios de Oriente y Occidente, por la virtud del Cristianismo se despojan de su barbarie, de su crueldad, de su ferocidad, reciben un corazón nuevo, se civilizan, se suavizan y renuncian á su vida errante.

Ahora, os pregunto: ¿cuál es la causa, cuál es el principio de tantos hechos de tan alta importancia? Quiero que se me indique una hipótesis capaz, sinó de explicar, á lo ménos de mostrar que no son imposibles. No puede haber pregunta más razonable ni más modesta; no puede negárseme una respuesta. ¿Y qué se me responderá? ¿qué hipótesis se presentará? ¿Será la impostura y la ignorancia? Pero, ¿cómo es posible que la ignorancia haya producido tanta luz y tanto esplendor? ¿que la impostura haya destruido, disipado tantos errores, inspirado tanto amor á la verdad? ¿Será el error y la ilusión? Pero ¿cómo se atribuirá al error, cómo se hará á la ilusión el honor de haber disipado tantas y tan densas tinieblas, de haber despojado los espíritus de preocupaciones tan universales como profundas, de haber iluminado las almas con una luz enteramente nueva y pura? ¿Qué! ¿La razón puede tolerar y la experiencia permitir que se admitan causas contrarias á sus efectos? ¿qué se reconozca en lo amargo el origen de lo dulce, en el tumulto y el ruido el principio de la armonía y los acordes? No nos queda, pues, sinó la verdad y una verdad cierta é inatacable, que se pueda considerar como una hipótesis suficiente, ya para explicar la série de los hechos que hemos recordado, y ya para demostrar que no contiene nada de absurdo.

Pero, si la verdad es la única hipótesis suficiente, tenemos ganada nuestra causa; el pleito está juzgado, la sentencia pronunciada, y los milagros y las profecías son una hipótesis necesariamente enlazada con los acontecimientos de que se compone la historia del Cristianismo. ¿Cómo es eso? Escuchad. Los predicadores del Cristianismo no han tenido jamás mejor argumento para probar su divinidad que los milagros y las profecías; ni el número infinito de los que lo han abrazado, que han vivido segun sus leyes, que han tomado su defensa, han tenido jamás más firme apoyo que los milagros y las profecías. Eran la fuerza de su fe, el sostén de su esperanza, las armas que les daban la victoria. Luego, si el Cristianismo nó es una impostura, si para explicar los hechos históricos, ni la mentira, ni la ignorancia, ni el error son hipótesis suficientes; si la verdad sola puede dar la razón de ellos y hacer ver que no son imposibles, no se puede ménos de concluir, que los milagros y las profecías son una hipótesis que está ligada con vínculos necesarios á la historia del Cristianismo;

no puede negarse esta conclusion: es ménos difícil explicar la historia de los movimientos celestes sin la ley de la atracción; explicar los hechos de la botánica sin tener en cuenta los órganos sexuales de las plantas; explicar los hechos de la Cristalografía sin la ley de las formas primitivas; explicar los hechos de la Ethnografía sin la ley de un origen comun, que dar una explicación cualquiera de la historia del Cristianismo, sin admitir los milagros y sin aceptar las profecías.

2. Voy á demostrar por un solo hecho la evidente certidumbre de los milagros y profecías.

Juliano, seducido por los artificios de Máximo, filósofo pagano, y por las lecciones que de él habia recibido en Nicomedia, concibió un vivo odio al Cristianismo, y una grande afición á las supersticiones de Roma y de Atenas. Segun el testimonio de Eunapio y de Libanio, no ambicionaba la púrpura, no codiciaba el imperio sinó para satisfacer sobre todo el violento deseo que le animaba de hacer la guerra á Jesús, destruir su religion, y restituir á su antiguo lustre los templos desiertos, los altares menospreciados y las victimas maldecidas.

Consiguió lo que deseaba el año de 360 de nuestra era, correspondiendo con la rebelion á la benevolencia y liberalidad de Constancio. Apénas fué aclamado augusto por el ejército de las Galias; apénas se vió solo sobre el trono de los césares, cuando manifestó sus disposiciones respecto á los cristianos, y lo que habia deliberado y decidido consigo mismo sobre la suerte de éstos y del Cristianismo.

Desde luego, para alimentar y acrecentar las divisiones ya muy numerosas entre los cristianos; para destruir, si le fuese posible, esta secta odiosa por medio de la guerra civil, llamó á los desterrados por Constancio y Constante, devolvió sus sillas á los obispos y jefes de los arrianos, de los eunomianos, de los novacianos, de los donatistas; mandó en las leyes, que se ven aún en el *Código Teodosiano*, que se devolviesen las basílicas á los novacianos, á los donatistas, á los fotinianos; prohibió que los jóvenes adquiriesen, en las escuelas cristianas, el gusto de lo bello, y que se formasen á la elocuencia por la interpretación de las obras de Homero, de Hesiodo, de Demóstenes, de Herodoto, de Tucídides, de Isócrates, de Lisias y de todos los poetas, historiadores, oradores y filósofos célebres de los paganos. Poseemos todavía el edicto tan amargamente criticado y tan altamente condenado por Gregorio Nazianceno, Rufino, Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, Agustín, Próspero y por el mismo Amiano Marcelino, aunque pagano. Hé aquí en qué términos estaba concebido: «El emperador halla absurdo que los cristianos estudien lo que ellos tienen por malo; si, al contrario, creen que hay mucho que apren-

der en los escritores paganos, y desean en consecuencia interpretarlos en sus escuelas, que imiten, ante todas cosas, su piedad para con los dioses. Si siguen una conducta opuesta, que vayan á las iglesias de los galileos, y que se contenten con explicar en ellas á Lucas y Mateo.»

Mandó que se concediese solamente el cinturón militar á los que hubiesen sacrificado á los dioses del imperio; y quiso que ninguno participase de las gratificaciones imperiales sin haber quemado el incienso sobre los altares profanos. Por orden suya desapareció el lábaro, bandera militar de Constantino, y con el lábaro abolió la cruz. Quiso excluir á los cristianos de toda magistratura y de todo gobierno; y, lo que es más aún, quiso despojarlos de su propio nombre dando una ley que ordenaba que no se llamasen cristianos sino galileos. Derogó los privilegios del clero, sujetando las causas eclesiásticas á los tribunales ordinarios; robó los ornamentos de las iglesias y de los monasterios, negó á las vírgenes y viudas los socorros que les había concedido Constantino por un decreto; distribuyó á los soldados los bienes de la Iglesia, derribó la célebre estatua de Jesucristo en Panéades, mandando erigir la suya en su lugar: por último, se sirvió igualmente de la pluma y de la cuchilla para acabar con el Cristianismo.

Dedicó á ese objeto su pluma, y en siete libros intentó demostrar que el Cristianismo no es más que una impostura humana inventada por la malicia y difundida por la astucia y el ardid. Empleó la espada y recurrió á los destierros, á las confiscaciones, á los calabozos, á los castigos corporales, á la sangre, á las hogueras y á la muerte. Y, á su salida para la guerra de Persia, hizo voto y juramento de que, si volvía vencedor, reduciría al culto de los dioses á todo el pueblo cristiano, ó lo inmolaría á estos mismos dioses.

¿Es posible imaginar una persecución más atroz, una conmoción más espantosa para derribar y destruir el edificio cristiano? Y sin embargo, Juliano no se contentó con eso. Dirigió contra él un nuevo ataque, y un ataque tal, que si le hubiera salido bien, la ruina del Cristianismo era inevitable y necesaria. Pero ¿cómo? Vedlo aquí. Arruinar el Cristianismo, ó convencer á Jesucristo de mentira y engaño, era una misma cosa. Pues bien; Juliano se propone demostrar esta acusación de mentira y engaño. ¿De qué manera y por qué medios? Por el medio ménos sujeto á controversia, el más claro y más eficaz, por medio de un hecho.

Jesús, hablando á los judíos del modo más solemne, les había predicho que el templo de Jerusalem, la gloria de Israel y de Judá, el

monumento más espléndido del culto de Aaron, estaría un día derribado por el suelo, arruinado hasta sus cimientos, y que de él no quedaria piedra sobre piedra. San Mateo, san Marcos y san Lucas refieren la profecía del Señor; san Pablo la repitió en su epístola á los Tesalonicenses, y los cristianos la transmitieron de edad en edad; de manera que entre las profecias de Jesús, ninguna hizo más impresion ni fué objeto de una fe más profunda. Estos títulos á la fe y á la confianza de los fieles, fueron luego singularmente confirmados por las armas de Tito, por las leyes de Adriano y por la justa severidad de Constantino.

Ellos fueron confirmados por las armas de Tito; porque ellas fueron las que, después de la toma de Jerusalem, cuando el templo, único baluarte de sus defensores desesperados, sostenian un postrer asalto, hicieron salir las llamas destructoras, que envolviéndolo por todas partes en sus torbellinos, lo redujeron á polvo y cenizas.

Están confirmados por las leyes de Adriano, que no solamente prohibian á los judíos intentar la reedificación de su templo, sino también acercarse á Jerusalem ó ir á derramar lágrimas amargas sobre la patria que ya no existía.

Están confirmados por el justo rigor de Constantino, que no contento con renovar las leyes de Adriano, castigó con la infamia, mandándoles cortar la extremidad de las orejas á los judíos rebeldes, obstinados en querer reedificar su antiguo templo.

¿Qué pensó, pues, Juliano? Creyó que un augusto coronado podía destruir la obra de sus predecesores, volver á construir lo que ellos habían derribado ó impedido reedificar con tanta solicitud. No se contentó con pensarlo, sino que lo puso por obra, empezando por eximir á los judíos de las cargas comunes y de los tributos especiales. Pensó después que era llegado el momento, y que era menester sin tardanza levantar el templo y dar á la religion mosaica su esplendor y su gloria. A fin de prevenir toda perplejidad de parte de aquellos, confió su proyecto y el objeto de la empresa á Alipio de Antioquia, conde del Imperio, y mandó que el tesoro público pagase todos los gastos que se juzgasen necesarios.

Es indecible el celo con que los judíos concurrieron á Jerusalem de todos los puntos del Imperio, el número infinito de trabajadores, los tesoros de plata y oro, y los instrumentos y materiales de toda especie inmediatamente reunidos y preparados. El conde dirigía el trabajo y animaba á los obreros; los judíos todos, sin distinción de edad, sexo ni condicion, no escaseaban diligencia ni fatiga para ayudar á terminar su grande obra. No tenian más que un solo pensa-

miento, una sola voz, un solo objeto; volver á alzar el templo inmenso, lavar la mancha más que secular del culto levítico, convencer de mentira y de impostura la profecía del Nazareno, y destruir por un golpe mortal la religion cristiana.

Y los fieles ¿qué pensaron de esta conspiracion tan audaz y tan resuelta de los gentiles y los judíos, de la Sinagoga y del paganismo? ¿Se dejaron llevar de la inquietud, del temor ó de la duda? ¿O siendo tan numerosos en el campo, en las ciudades, en el ejército, recurrieron á las armas y levantaron el estandarte de la rebelion? Nada de eso; poseyendo el sentimiento de sus deberes y la fuerza de su fe, permanecieron tranquilos, persuadidos de que Dios y su Cristo, como decia el santo obispo de Jerusalem, Cirilo, sabrian disipar los consejos de los ímptos y hacer vanos sus esfuerzos.

Entre tanto los judíos y los gentiles están siempre en movimiento y trabajan sin descanso; se dan prisa en remover las antiguas ruinas y buscar los cimientos, para lo cual abren anchas y profundas zanjas. Pero fué en vano: lo que habian ganado con tanto esfuerzo durante el dia, lo perdían en la noche; las zanjas se cegaban y era preciso empezar de nuevo.

Estas alternativas de zanjas abiertas y cegadas se renovaron muchas veces; tambien sucedió que un torbellino violento é inesperado dispersó inmensos montes de cal y de yeso preparados para el edificio. No por eso los judíos abandonaron la empresa, ni los gentiles se desanimaron: sinó que, insistiendo en su designio, llegaron á descubrir los antiguos cimientos. Ya triunfaban, y en las manifestaciones de alborozo, mezclaban á los insultos contra el Nazareno, amenazas contra los galileos.

Pero, hé aquí que cuando llegan á examinar la roca y á buscar el medio de unir las nuevas construcciones á las antiguas, salen con violencia de los cimiéntos globos de faego, levántase un humo horrible, salen del suelo llamas que despues no se volvieron á ver, consumen á los obreros, y extendiéndose por todos lados, oponen un obstáculo insuperable á todo el que intente acercarse al lugar fatal. Fué muy grande el número de muertos, otros tomaron la fuga, pero aquellos espíritus, dominados por un odio frenético, no retrocedieron á la vista de estos obstáculos, y no abandonaron su desgraciado proyecto.

Así que el terror y el espanto hubieron, sinó cesado, á lo ménos disminuido, el furor recobra su imperio, y se ponen de nuevo á su trabajo de reedificacion. Però el faego se lanza con más fuerza y se extiende por mayor espacio, sintiéndose al mismo tiempo un horrible

temblor de tierra. Y este faego y este temblor de tierra destruyen los hombres y los instrumentos, las máquinas, los materiales y todo lo que habian reunido y preparado. Y, como si eso no bastase, se vieron en los vestidos de los judíos y de los gentiles cruces de color de sangre, tan vivo y permanente, que de ninguna manera podia hacerse desaparecer.

Tantos muertos, tanto espanto, tantos prodigios humillaron la audacia de los trabajadores. El emperador, cuando recibió tan fatal noticia, quedó aterrizado, y no pudo ménos de mandar órdenes prohibiendo la continuacion de la empresa.

Y bien: ¿Qué os parece y qué pensais de esto? ¡Ah! Fácilmente percibo que es este un objeto que absorbe vuestra atencion y os confunde. Acaso os decís á vosotros mismos; ¿es esto un hecho histórico, ó una fábula? Y si el hecho es histórico, ¿qué juicio se ha de formar de su naturaleza, y cuáles son las consecuencias legítimas que nos obliga á admitir?

Voy á responder por orden á estas cuestiones; pero ántes quisiera examinar con vosotros, qué cosa es necesaria y suficiente para discernir con certidumbre un hecho histórico de una relacion fabulosa. Es necesario que el hecho sea público, notorio y apoyado en testimonios que no puedan ser tachados de error ó de mentira. ¿No es esto lo que todo el mundo admite?

Pero, ¿qué hecho más público y más solemne que esta empresa, mandada por un emperador, dirigida por un conde del Imperio, apoyada por el comun acuerdo de los judíos y de los gentiles, y considerada por todos como un reto decisivo dirigido á Jesucristo y al Cristianismo? En vano, pues, buscareis publicidad más completa ni mayor solemnidad.

Así es, que no podeis sinó exigir, y teneis derecho de hacerlo, testigos tan numerosos y tan importantes que ante su autoridad, sea una necesidad creer, y una inexcusable locura negar. Pues bien; si se exigen testigos, tengo en gran número y ya preparados. Tengo á mano testigos paganos, los tengo cristianos y los tengo judíos.

Entre los paganos, tenemos uno del mayor precio en Amiano Marcelino, que refiere y describe largamente el hecho, en el libro xxiii de su historia. Nuestros testigos, entre los cristianos, son Gregorio Nazianceno, Crisóstomo, Rufino, Ambrosio, Teodoreto, Sócrates, Sozomeno, Epifanio, diácono, Zonaro, Nicéforo, Calisto, Glicas y el arriano Filostorgo. No nos faltan tampoco entre judíos como, se puede ver en Daniel Gansi, y el rabino Gedeliah.

Luego, todas las religiones que se dividen el Imperio, están unáni-

mes en asegurar el hecho, en certificarlo, en referirlo como indudable. Lo refieren como indudable, no solamente en la época en que sucedió, sinó tambien en los tiempos que se sucedieron hasta nuestros dias. Lo refieren como indudable, no solamente aquellos para quienes el hecho ha sido glorioso, sinó tambien aquellos para quienes ha servido de condenacion é ignominia. Es forzoso, pues, negar toda certidumbre histórica, ó confesar que el hecho de que hablamos no puede ser más cierto ni estar mejor apoyado.

Pero ¿qué juicio se ha de formar de su naturaleza y de sus caracteres? ¿Lo miraremos como un hecho natural, ó más bien sobrenatural, milagroso y divino? Vuestra decision debe estar conforme con lo que nos hacen conocer la naturaleza del hecho, la reunion de sus circunstancias y de sus relaciones, y el juicio que siempre y en todas partes han formado los hombres sensatos y prudentes.

Repasemos en nuestro pensamiento la relacion del hecho, consideremos sus circunstancias, examinemos sus relaciones diversas, y pongamos á la vista el conjunto de lo acontecido.

¿Qué hallais en él que no sea prodigioso, extraordinario, divino? Es un prodigio: las zanjias cegadas tantas veces sin el trabajo del hombre; las llamas que no se habian visto antes ni se vieron despues, y que aparecieron solamente cuando se trabajaba en esta obra; los globos de fuego que perseguian á los trabajadores en su fuga; el concurso simultáneo del fuego, del torbellino y del terremoto: es un prodigio y una obra divina, las cruces impresas en los vestidos que ningun esfuerzo pudo hacer desaparecer. De aquí nació la unanimidad de los cristianos en proclamarle milagro, oponiéndolo á los gentiles y á los judíos; el silencio de los paganos; la vergüenza y el furor de la Sinagoga: de aquí aquel hecho atestiguado por Gregorio Nazianceno en sus invectivas contra Juliano; «casi todos elevaron hácia el Dios de los cristianos una voz suplicante y trataron de aplacarlo con alabanzas y oraciones.» Además, un gran número de ellos, iluminados por tanta luz, admirados por tantas señales, vencidos por una evidencia tan manifiesta, dijeron un eterno adios al paganismo y á la Sinagoga, se convirtieron al Cristianismo, adoraron su cruz, y abrazaron su doctrina.

Siendo esto así, siendo el hecho indudable; ¿qué se debe concluir? ¿Cuáles son sus consecuencias inevitables é inmediatas?

Es una consecuencia de este hecho, que en el duelo entre el Cristianismo de una parte, el paganismo y el judaismo de otra, la voz de Dios ha intervenido milagrosamente, y ha declarado vencedor al Cristianismo.

Es una consecuencia de este hecho, que la conducta de Dios, con los conjurados para la reedificacion del templo, no es absolutamente diferente de su conducta con los que intentaron construir la torre gigantesca de las llanuras de Sennaar.

Es una consecuencia de este hecho, que Dios, de una manera enteramente divina, confirmando las señales antiguas, proclamó solemnemente á Jesús profeta verídico y divino.

Es una consecuencia de este hecho, que la obra de Jesús es la obra del cielo, y no de la tierra; es la obra de Dios, y no la del hombre.

Es una consecuencia de este hecho, que no hay ménos impiedad en atacar la obra de Jesús, que en rebelarse contra la omnipotencia; y que si se encuentra un hombre tan imprudente y tan temerario, no puede ni debe prometerse sinó un fuego eterno, representado y figurado en aquellas llamas que envolvieron y redujeron á cenizas á los audaces que, por la voz del hecho, querian decir á Jesucristo: «Has mentido.»

PAZ.

(LA)

Pacem reliquo vobis, pacem meam do vobis.

La paz os dejo, la paz mia os doy.

(JOANN. XIV, 27.)

Lo que el sumo sacerdote Onias, con las manos extendidas hácia la asamblea de los hijos de Israel, pedia y exhortaba á pedir con él á Dios omnipotente, debemos todos cuantos estamos aquí reunidos implorarlo de la bondad divina. «Rogad al Dios, señor de todo lo criado, decia ese pontífice de la antigua Ley, para que reine la paz en Israel en nuestros dias y para siempre, con lo cual crea Israel que la misericordia de Dios está con nosotros para librarnos de todo mal.» (Eccli. l. 24, 26).

La paz, hermanos míos, es, en este momento, el voto de todos, la necesidad de todos, el grito de todos. En este punto se observa un